

# Volutas de obsesión

Ernesto Che Guevara, 1959. (Fotografía: Joseph Scherschel /  
Time & Life Pictures / Getty Images)

*Ramón Castillo*

*Perdonen, ¿les molesta que no fume?*  
Groucho Marx

FUMAR ES UN RITO SENSUAL, un espectáculo que no deja indiferente a los sentidos. Mi primer cigarro lo encendí a los quince o dieciséis años. Pese a detestar el humo, sucumbí al coqueteo con el tabaco como casi cualquiera, es decir, seducido por el espectáculo. Todo aquel que posea suficiente sensibilidad, además de flexibles escrúpulos, será incapaz de eludir la rebotante energía que transmite quien bebe los despojos del fuego. Aceptémoslo, fumar es una obsesión cautivante.

Seductora a la vista, la imagen de un cigarro encendido prodigando volutas de terso y oloroso humo hacia la vacuidad del espacio representa menos un despilfarro de salud que una afirmación de vitalidad; o en otras palabras, cada bocanada ejerce una enigmática revelación, cruda y profana, de la finitud del hombre, que atado lleva al aliento la presencia de la muerte, y por ello mismo, asume con ironía el contrasentido elemental de amar la vida agotándose en ella.

Durante poco más de quince años fumé con plena convicción. Con picos de consumo de una cajetilla diaria y decrecimientos de uno o dos como máximo,



transcurrió una década y media de veneración al tabaco, mis días estaban perfumados por el elixir de la combustión. El placer, hay que decirlo, era supremo. Las precariedades en la salud, de igual tamaño.

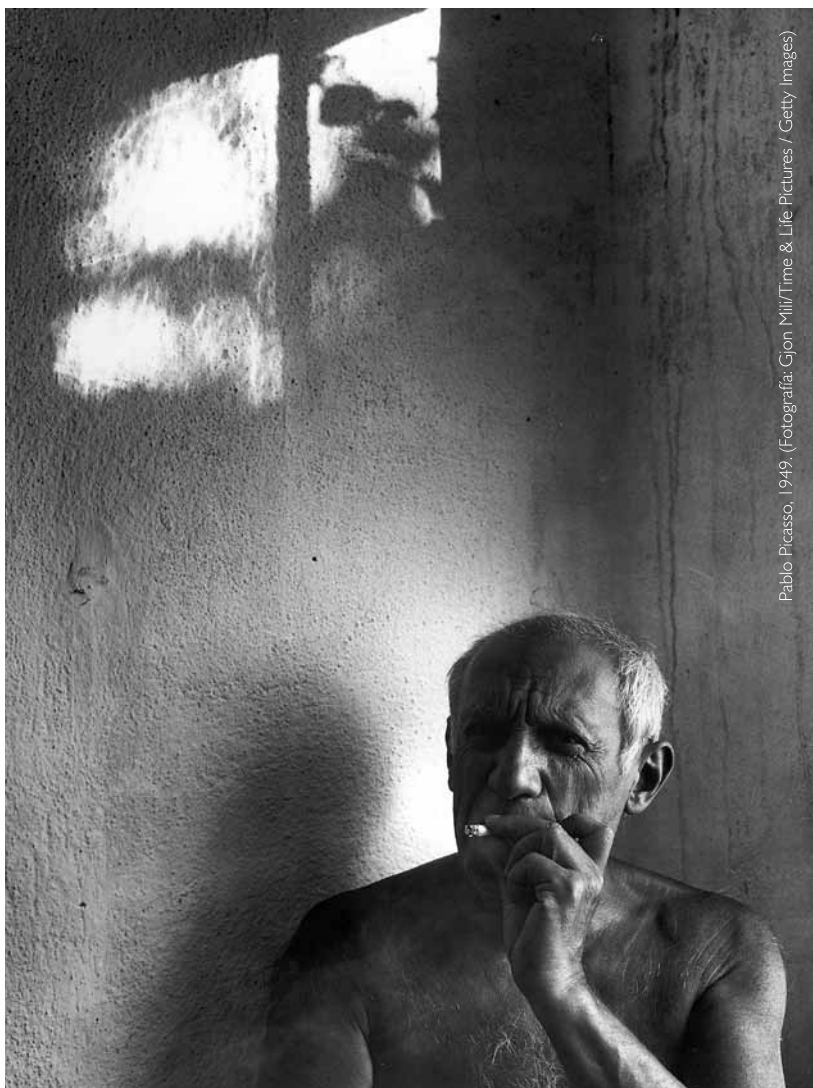
Resulta difícil no catalogar el acto como un despropósito elegante, un absurdo que atrapa, adicción que se transmuta en pose *chic*, no obstante reconocer su inutilidad o, peor aún, el progresivo envenenamiento que dejan sus caricias. Fumar es un oficio decadente ante la contemporánea sociedad de la pulcritud, lo *light*, lo orgánico y lo políticamente correcto; fumar es una injuria a la vista de los conversos al buen vivir tanto como una mina de oro para las tabacaleras.

Sabemos que fumar es un acto social cargado de múltiples significados; la mayoría de ellos no sólo estereotípicos en demasía sino vergonzosamente superficiales. Sin embargo, y ahí radica el motivo por el cual se vuelve una gustosa obsesión, el cigarro, desde su pernicioso círculo de influencia, permite tolerar la vida laboral, fomentar el reconocimiento de los otros y dar esperanzas frente a las demandas de lo cotidiano, gracias a la sensación de ingenuo escape que propicia. Fumar es ese lugar común, ominoso y degradante, que nos seduce mediante la fantasía de anegar toda congoja entre la neblina aromática de un fatal aliento.

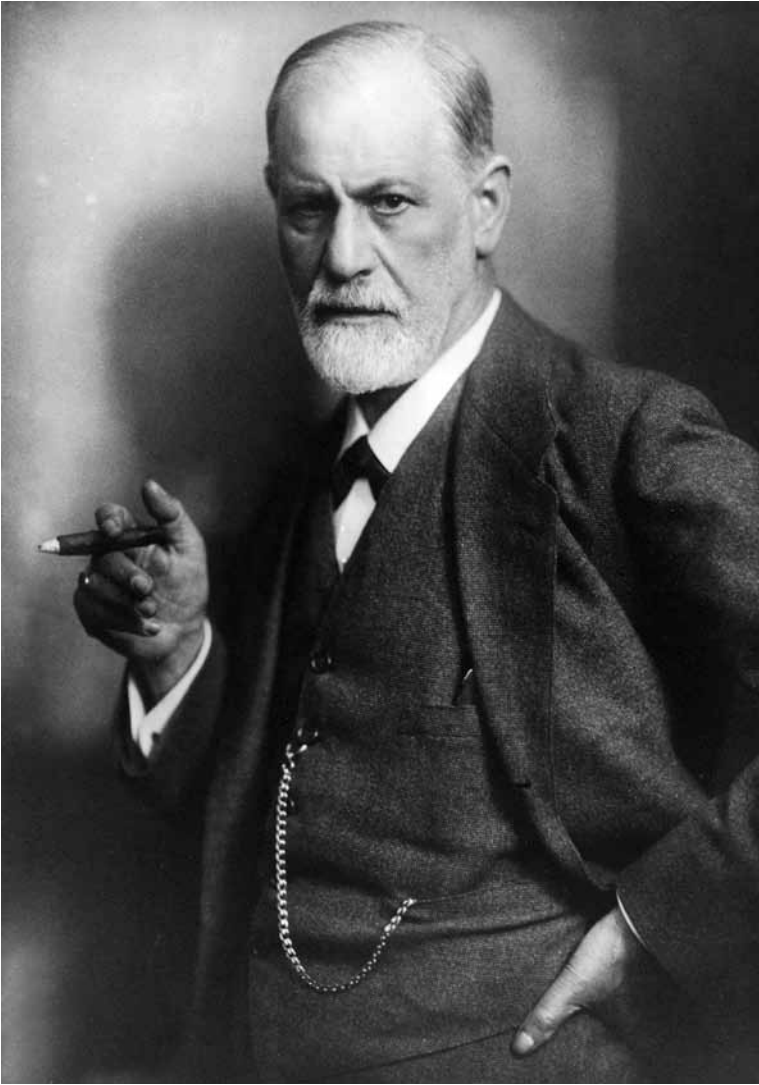
En medio del desmayo existencial, dar un par de bocanadas lentas, profundas, golosas a un cigarro es lo más cercano al abrazo que sólo uno puede darse en medio del abatimiento. Se respira con parsimonia el calor de ese malestar que nunca cesa de lanzarnos guiños, pese a todas aquellas veces que uno pretende dejarlo. Como decía Mark Twain, yo dejaba de fumar sólo

cuando dormía. Ahora que he tenido que ceder a las exigencias de mi cuerpo, sonrío al evocar las grandes, memorables, placenteras veces en que tuve un cigarro encendido en mi boca y comprendí que era joven, fuerte y tenía el futuro por delante.

En cambio hoy, el futuro ya no está donde se supone, es más, ni siquiera sé dónde quedó, me imagino que en el mismo sitio donde juventud y fuerza también fueron destronadas. Mis desayunos de café y cigarro han tenido que dar paso a un desangelado y nutritivo cereal con leche y fruta mientras que los jadeos y escupitajos, afortunadamente, han desaparecido al subir más de dos tramos de escaleras rápidamente. Supongo que así se mantiene el equilibrio del cosmos, unas cosas se pierden mientras otras se ganan.



Pablo Picasso, 1949. (Fotografía: Gjon Mili/Time & Life Pictures / Getty Images)



Sigmund Freud. (Fotografía: Mansell / Time Life Pictures / Getty Images)

Ahora que lo pienso con cuidado, mi mayor ganancia al dejar de fumar es, precisamente, el reconocer con mayor cariño, admiración y gozo su existencia, mi obsesión con el barato papel arroz de los Alitas que fumé durante mi carrera; el significativo brinco, motivado por los primeros signos de carraspeo y dolor en el pecho, de los tabacos económicos sin filtro a los robustos Camel. Los Marlboro, como casi todo mundo, los probé al comienzo de mi carrera de fumador más por moda que por convencimiento. Nunca me gustaron del todo.

Con el pulso más tranquilo por no tener nicotina en el cuerpo, he observado con melancólica satisfacción que extraño fumar, pero realmente no lo suficiente como para ir por una cajetilla a la tienda más cercana.

Pienso que si salgo por cigarros, en efecto, no regresaré nunca. Insisto con franqueza, lo añoro más de lo que realmente lo deseo. No obstante, recuerdo las abundantes cajetillas fumadas; el intercambio de cigarros de distintas nacionalidades que en una noche de fiesta realicé con amigos colombianos, venezolanos y chilenos; mi colección de encendedores; la primera vez que fumé en pipa; o cuando mastiqué tabaco para sentirme un émulo de Clint Eastwood en un western; los cigarros envueltos en hoja de maíz; el penetrante perfume de un Cohiba Espléndido recién traído de Cuba, en fin, una vida rendido a los favores de la nicotina.

Leo con gusto, atención y arrobos a Julio Ramón Ribeyro, a Guillermo Cabrera Infante, a Italo Svevo, a J. M. Barrie, a Groucho Marx, a Mark Twain y a todo aquel que ha dedicado unas palabras a venerar el tabaco y su influencia en los hombres. Celebro su existencia, me compadezco de los ahora proscritos fumadores y ejerzo la tolerancia como prueba absoluta de una democracia auténtica. Fumar es causa de muerte, sí, al igual que la vida.

Pero tengo que admitir que reconozco el hecho, tanto en la práctica como en la teoría, de que tan estafalaria ceremonia es un placer imposible de ser comunicado o compartido a los no fumadores. Los maravillosos

textos de los autores mencionados siempre quedarán a medio comprender para los que nunca han pasado una noche entera fumando cigarro tras cigarro acompañados de alcohol y amigos en una estrambótica y contradictoria celebración de la existencia.

Los vírgenes del tabaco siempre considerarán difícil imaginar el placer ocioso que vive oculto en las brasas ardientes. Para disfrutar el gusto por las emanaciones funerarias de aquella pira portátil, por principio, el pretendiente a fumador apenas si tendrá su agotada recompensa tras un pertinaz esfuerzo. Se sabe que no

es un acto que recompense particularmente a los neófitos pues para llegar al entero sometimiento a la diosa nicotina, habrá de padecer el vértigo, la náusea y aun así, empecinarse con deleite en la propia autodestrucción.

El fumador, como muchos grandes talentos, no nace, sino que se hace. Quizá ese pueda ser el argumento más evidente para condenar tal afición: su incomprensibilidad, su mutismo, su desvergonzada careta de misterio, esa disparatada popularidad. Y tal vez, también la más potente arma para generar adeptos al culto del tabaco que, como el buen sexo, es algo que tiene que ser vivido para comprenderlo: un placer que se niega a la palabra clara.

La obsesión es una práctica impertinente que necesariamente resulta incomprensible para los demás. Cualquier manía exige ser satisfecha pese a todas las promesas y prohibiciones. El tabaco es así. Uno no puede estar tranquilo hasta que no escucha el furor de la primera inhalación, el tabaco que truena al carbonizarse, el calor que se aviva en la punta de la boca, la electricidad que recorre los dedos, el alivio que viene al final.

Quisiera tener el aplomo de Ribeyro y, pese a los estragos que el cigarro genera en mí, terminar este texto diciendo que ahora mismo me iré a fumar un esbelto y aromático cartucho de placer. Pero no es así. Recuerdo sus maravillosas palabras cuando dice que “el cigarrillo sería así un sucedáneo de la antigua divinidad solar y fumar una forma de perpetuar su culto. Una religión, en suma, por banal que parezca. De ahí que renunciar al cigarrillo sea un acto grave y desgarrador, como una abjuración” y no puedo dejar de sentirme un tanto cuanto menos vital, menos intempestivo, menos potente al saber que estoy fuera de ese culto al astro rey. De cualquier forma, es imposible estar seguro si lo que dice Ribeyro es o no verdad, o si todas estas reflexiones tienen o no alguna validez, pues apenas han transcurrido algunas horas desde que dejé el cigarro y, aun con los buenos resultados, ya siento desfallecer. **▲▲**



Groucho Marx. (Fotografía: Ralph Crane/Time Life Pictures/Getty Images)